

órdenes tocar "arriba y fuego," y soldados y oficiales se levantaron llenos de brío, rompiendo un nutrido fuego de filas que se prolongó en una línea bastante extensa, dado el orden de fuego oblicuo que engañó completamente al enemigo. Los caballos de los primeros dragones que cayeron muertos ó heridos, huyeron en distintas direcciones, introduciendo el desorden en las filas de la infantería; y como la reserva, enardecida, y á pesar de ser reclutas los que la componían, cerró bravamente el paso del desfiladero á vanguardia de los lanceros, haciendo fuego á su frente, la confusión fué mayor aún: el terror y la desconfianza se apoderaron de aquella gente que comenzó á correr hacia el punto de partida en medio de gritos de espanto y de blasfemias de desesperación, abandonando en su fuga armas, parque y hasta prendas y vestidos de uso. La "Tonnerre" presentó su banda de babor para protegerlos, pero no podía hacer fuego sobre nuestra reserva, porque antes ametrallaba á sus propios soldados. Además, Villalobos se había corrido hasta el puesto de la avanzada, cuyo mando tomó, y comenzó á tirotear á la tripulación de las cañoneras, matando al timonel de una y á un vigilante de otra, é hiriendo á un oficial de la "Tonnerre," la cual, aunque arrojó algunos obuses sobre nuestras posiciones, la circunstancia de tener que levantar demasiado la puntería por la proximidad del punto en blanco, no nos causaron daño alguno.

En vano un refuerzo de infantería que saltó á tierra intentó contener el desorden abriendo sobre los nuestros un vivo fuego con sus carabinas de bala cónica y cerrando el paso á los fugitivos para hacerlos entrar en filas, en vano la "Tonnerre" comenzó á bombardear la montaña sin más resultado que hacer llegar las granadas al mar; todo fué inútil, el cerrado fuego de los nuestros, tanto desde la altura como desde la boca del desfiladero, y la presencia de los lanceros que habían avanzado lazo en mano, para hacer prisioneros, acabó de atemorizarlos. Al temor sucedió el pánico: hombres y ca-

ballos, en la más espantosa confusión, se revolvían sobre el terreno, aumentando más el desorden: muchos de aquellos infelices, sin esperar la llegada de las falúas, se lanzaban al río para ganar á nado las salvadoras naves, en tanto que otros, menos afortunados que sus compañeros, eran arrebatados por la corriente, ahogándose en medio de la más espantosa agonía.

El toque de "alto el fuego" se hizo oír, sucediéndole el de "diana" que tocaban el corneta de órdenes y el que estaba con los reclutas de Santiago Tuxtla; y á aquel estrépito de detonaciones ensordecedoras sucedió el más completo silencio.

La derrota había sido completa, y el campo se veía regado de cadáveres y de heridos, y vagando acá y allá algunos caballos.

Las cañoneras forzaron la máquina haciendo rumbo á Alvarado, y fué entonces cuando un sonoro "Viva México" se escuchó en toda la línea republicana, repercutiendo como un eco en las frondosidades de la montaña.

Una sección al mando del Comandante Güido levantó el campo, recogiendo sobre diez cajas de parque de fusil y de carabina, botas de montar, un pito de contra maestre, carabinas, sables y dos pistolas, y además diez y ocho caballos enteramente ilesos: doce muertos á quienes se dió sepultura á la salida del desfiladero, y quince heridos que fueron conducidos á "Los Ventorrillos" con las mayores precauciones posibles, dados los medios de transporte que se habían improvisado y atendiendo al estado que guardaban, pues casi todos estaban heridos de muerte.¹ Por nuestra parte sólo tuvimos

¹ Dos se salvaron únicamente. A uno de ellos hubo necesidad de amputarle la pierna izquierda, cuya dolorosa operación resistió de una manera que llamó la atención, no exhalando una queja siquiera: al otro hubo que desarticularle la primera falanque del dedo pulgar de la mano derecha: éste se desmayó durante la operación. Ambos eran martinicos, y después de curados pasaron libres á Tlacotalpam.

que lamentar la muerte de un hombre: el cabo Villalpando de "Reemplazos." El Comandante Villalobos arengó á la tropa, llegando el entusiasmo hasta el delirio, y después de tomado el rancho, emprendió la sección su marcha hacia "Salta Barranca," lugar designado por el Coronel en jefe como Cuartel General, cargando con el botín recogido en el lugar del combate.

El Comandante Enríquez, siguiendo las instrucciones que había recibido, al oír los disparos de los cañoneros, movió sus fuerzas sobre Tlacotalpam, simulando un ataque por el camino de "La Paloma," poniendo en jaque á la guarnición que la guardaba; pero esa misma tarde desocupó el enemigo la población.

IX

Tal fué el resultado de esa pequeña función de armas librada en territorio de Sotavento, que por ser la primera debía de ser de gran trascendencia para lo futuro, siendo conocida con el nombre de "Acción del Mediadero;" y si en la parte material fué de poca significación, moralmente resolvió el porvenir de la costa.

En efecto, rendido el parte respectivo al Jefe de la línea militar, lo comunicó desde San Andrés Tuxtla de una manera violenta á todas las Comandancias militares del territorio, con orden de hacerlo conocer á todos los vecinos de las poblaciones; y de ahí que cuatro días después, el aspecto antes triste y desconfiado que presentaba, se trocara en halagüeño para la buena causa que defendíamos. El espíritu público se reanimó bajo la influencia del entusiasmo patriótico que despertara la pequeña victoria obtenida; en todas parte se hablaba tan sólo de futuros combates y de triunfos futuros: los patriotas se exaltaron más y más en sus sentimientos nacionales; los tímidos cobraron ánimo; los indiferentes dieron señales de vida, y los descontentos y los tímidos, pocos á decir

verdad, sofocaron su despecho aparentando una satisfacción que estaban lejos de sentir, pero que producía buen efecto en aquel concierto general de aplausos y felicitaciones.

Naturalmente, un hombre de la voluntad y perspicacia del Coronel Lazcano, no podía dejar de aprovechar en bien de la patria todo el partido que podía sacarse de la nueva situación, tanto más, cuanto que no se le ocultaba que en el interés del enemigo estaba ocupar las principales poblaciones de la costa, verdaderamente abierta á cualquiera invasión, puesto que careciéndose de fuerzas marítimas que oponer á las con que él contaba, Tlacotalpam y Minatitlán quedaban á su disposición, en tanto que por Omealca, si no con facilidad, podía, sí, invadirla por el cantón de Cosamaloápam.

No se durmió sobre sus laureles, y una proclama que acabó de exaltar el espíritu público fué el principio de sus nuevas operaciones.

Desde luego fijó su atención en la idea de cerrar la entrada á la costa, por medio de tres campamentos militares; pero para ello necesitaba elementos y recursos de que no podía disponer de momento, concretándose por lo mismo á establecer el que juzgó más importante para disputar el paso al enemigo que viniera de Alvarado, ó cuando menos, hacérselo costoso en vidas de sus soldados, poniendo á cubierto las de los nuestros hasta donde fuera posible. Trasladóse á "Salta-barranca" y allí conferenció con el Comandante Zamudio, práctico en todos aquellos terrenos; con D. Luis Cinta, nombrado recientemente Comandante militar de aquella jurisdicción; con el capitán de caballería D. Juan Delfín, rico hacendado de aquellos contornos, patriota sincero y desinteresado, que puso á disposición de la patria su vida y sus intereses, y con el "Tío abuelo," que vino expresamente desde "Punta de Arena" para felicitar y ponerse á las órdenes del Coronel.

De esta conferencia resultó el establecimiento de un campamento en la mesa de la montaña, cerca de la laguna de „Conejo," de donde luego tomó su nombre, y al siguiente

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

dia de hecho el reconocimiento, se invitó á todo el vecindario para que, como una prueba de patriotismo, contribuyeran con materiales para su construcción. El Capitán Delfín fué el comisionado para coleccionar y recibir dichos materiales; un francés, naturalizado mexicano, administrador de la hacienda de los "Ventorrillos," y herrero de oficio, convirtió su taller en maestranza para la recomposición del armamento inútil que de todas partes remitían los agentes del Jefe principal; las señoras y señoritas de San Andrés y Santiago Tuxtla y Catemaco, abrieron subscripciones para coleccionar fondos con el fin de equipar á los futuros defensores de la patria, y las de Tlacotalpam, bajo la inspiración de la Sra. D^a Blasa Enríquez de Zayas, se ofrecieron á hacerlo á una compañía de infantería y á los artilleros que aún no existían.

Las guardias nacionales de todas las poblaciones tuvieron *altas* de consideración en muy corto tiempo, y cada día que pasaba se hacía sentir más y más la falta de armamento y de parque. Hízose una requisición entre la gente del campo en todos los cantones, lo cual dió un regular resultado; y el día último del año quedaron nombrados los jefes que debían mandar los cuerpos y determinada la organización de éstos, de modo que toda la costa quedara á cubierto de un golpe de mano, siendo de notar que durante los doce días que transcurrieron desde que se inició la idea de establecer el campamento de "Conejo," el tráfico constante que tanto por tierra como por las vías fluviales hubo de gentes que en hombros, en canoas, asnos y caballos, llevaban su contingente de maderas, bejuco ó palma para la construcción.

En el Cantón de los Tuxtles, el más desprovisto de armamento, creó el coronel Lazcano las "compañías de zapadores," indígenas armados con sus instrumentos de labranza, poniendo al frente de ellas oficiales de su misma raza, hombres leales, acomodados y patriotas, tales como Florentino Pucheta y Pascual Velasco, capitanes de las dos compañías levantadas, habiéndose dado de alta otra en Cosamaloápam, pocos

días después. Estos "zapadores" debían ser y fueron los constructores del campamento.

Se decretó la "contribución de raciones" que nadie se excusó de pagar, en "efectos," no en dinero:¹ se establecieron "proveedurías en todas direcciones á fin de que el soldado pudiera marchar siempre á la ligera y encontrara alimentos donde quiera que pernoctara una fuerza; se impuso á los dueños de "atajos" ó recuas el servicio de sus acémilas para tirar de las piezas de montaña, cuyo servicio era de sólo un mes;² y por último, se abrió la brecha en el amplio campo escogido para el campamento, quedando dispuesto para comenzar los trabajos, después de rozado y quemado, el mismo día 31 de Diciembre de 1862.

X

El día 1^o de Enero siguiente, el capitán X... .., auxiliado de los Comandantes Güido y Zamudio, comenzó el trazo del campo atrincherado de "Conejo," conforme al plano é instrucciones que había recibido del Coronel. Ninguno de los tres tenía conocimientos especiales para esto; pero su buen deseo y la práctica de los zapadores, particularmente de sus jefes, en esta clase de construcciones rústicas, fueron suficien-

1 Los efectos comprendidos en esta contribución eran arroz, frijol, maíz, manteca, sal, chile, totopo, aguardiente y reses en pie. Por el valor que representaba cada entrega, se daba un recibo al portador, valedero en las Oficinas de Hacienda respectivas, para abonársele una tercera parte del tanto que importaban los impuestos ordinarios que tenían que satisfacer, de modo que éstos hacían "un anticipo" sin perder un solo centavo del valor de los efectos. En San Andrés Tuxtla fué donde únicamente hubo alguna oposición por parte de dos ricos comerciantes, español el uno y el otro francés, pero al fin cedieron ante las razones de equidad que les dió el Comandante militar.

2 En Santiago Tuxtla, un rico dueño de recuas, español de nacimiento, se negó á prestar este servicio, manifestando al Coronel, con alguna altanería, "que sus mulas gozaban del derecho de ciudadanía y estaban bajo el pabellón de su nación. El coronel lo convenció de que estaba en un error, y fué el más cumplido.

tes. Sobre la extensa planicie de la montaña quedaron delineados cuarteles para infantería y artillería, Comandancia Principal, Mayoría de Ordenes, oficinas de despacho, bayuca, cárcel, rastro y campo de maniobras. En la parte elevada que daba al río, explanadas para baterías rasantes y espaldones para que se cubriera la infantería, y un telégrafo de señales convenidas que se montó desde luego, con el fin de avisar la aproximación de los buques, cualquiera que fuera su derrotero. En la falda de la montaña, un cuartel para caballería y casas para los trabajadores, más, un puesto de guardia para la vigilancia nocturna. Caminos amplios y de rodada se cruzaban en todas direcciones, ya para comunicarse entre sí los defensores del punto, ya para que pudiera transitar la artillería ligera, ya para poder llegar á "Punta de Arena," "Los Ventorrillos," "Salta Barranca" y "El Mesón," y rodeando este extenso perímetro, quedó determinada una ancha faja de terreno que fué sembrada de maíz y cultivada por la tropa, á fin de que no carecieran de pastura los caballos y mulas del servicio, y para la elaboración de tortillas y totopo para la tropa. Todo este trabajo quedó terminado en los ocho primeros días de Enero, y desde el siguiente, un enjambre de trabajadores invadió el terreno, conduciendo con mil dificultades pero llenos de contento, los materiales que con abundancia había acaparado el Capitán Delfín y sus leales rancheiros, comenzando desde luego los trabajos de construcción.

Una sola idea preocupaba al Coronel Lazcano: la falta de armamento, sobre todo de artillería, pues de esta arma sólo teníamos los dos cañoncitos de á 4, de que ya he hablado, y dos de á 8, que por el nombre que les pusieron los soldados puede inferirse lo que eran y el estado que guardaban. Llamábanlos "el sapo" y "la rana."

Un incidente conmovedor á la vez que terrible vino á salvar providencialmente tan difícil situación.

XI

De conformidad con las leyes que el Gobierno de la República expidió luego que las potencias aliadas por la convención tripartita ocuparon la ciudad de Veracruz, leyes *ad terrorem*, indispensables para poner en respeto al invasor, todo tráfico, toda comunicación debía cesar entre las poblaciones que fueran invadidas y las que permanecieran bajo la obediencia del Gobierno nacional, y se declaró traidor á la patria á todo aquel que auxiliara al enemigo con recursos de cualquiera clase, remarcándose más aún esta prevención en cuanto á los que introdujeran víveres á aquellas poblaciones.

Desde los últimos días de Diciembre, D. Pedro García Mantilla, Comandante Militar de San Andrés Tuxtla, en correspondencia particular había manifestado al Comandante Lazcano los temores que abrigaba de que un alvaradeño, joven aún y emprendedor, recorría el litoral comprendido desde "Mata de Caña" á "Montepío," haciendo provisión de víveres de todas clases para llevar á Veracruz, en cuyo punto los vendía á precios relativamente fabulosos: decíale también que en la fecha de su comunicación, el audaz marino se hallaba en aquel puerto, adonde había conducido en un balandro que mandaba, los frutos adquiridos en su último viaje, y que ya había dictado órdenes reservadas para aprehenderlo, caso que volviera por aquellos rumbos á hacer nuevas compras. Lazcano se limitó á contestarle que se ejerciera la mayor vigilancia posible, pero que no procediera á su captura sino en el caso de que se le pudiera comprobar el delito, á fin de aplicarle el debido castigo con arreglo á las leyes vigentes, y sobre todo, que empleara los medios más eficaces para que no fuera burlada su autoridad.

El Comandante Militar, luego que tuvo noticias ciertas de que el individuo en cuestión se encontraba en "Santecomapam" cargando su buque con frutos del Cantón, muchos de

los cuales había comprado en Catemaco y hasta en el mismo San Andrés, se trasladó á Montepío é hizo que se prepararan dos embarcaciones menores, en las cuales embarcó una fuerza competente de infantería, al mando del Teniente de Guardia Nacional D. Celso Ortiz para dar caza al balandro tan pronto como saliera al mar.

El resultado fué satisfactorio.

En los primeros días del mes de Enero, y ya casi en aguas de Veracruz, el balandro fué abordado por la infantería sanandrescana, que comenzó á darle caza con mucha ventaja, tanto por ser más ligeras las embarcaciones que montaba, cuanto porque eran hábiles marinos campechanos la gente que los tripulaba; y una vez capturado fué reconducido á Santecomapam.

Rendido el parte respectivo, dispuso el Coronel que así el buque como los efectos que conducía á puerto enemigo, fueran confiscados en favor de la Nación y de los aprehensores, procediéndose al tenor de las leyes de la materia; que se pusiera en libertad á los tripulantes luego que rindieran su declaración, y que fuera remitido bajo segura custodia á Saltabarrancas el Capitán del buque, como único culpable, y responsable por consiguiente del crimen de traición á la patria.

Su llegada al punto citado causó bastante disgusto, porque —se decía—era uno de los que protegieron la deserción de nuestras tropas en Alvarado, y de los que instigaron á aquella guardia nacional para defecionar, según se ha dicho ya en lo narrado respecto de esta población. Púsosele en segura prisión, y se prosiguió la causa comenzada en San Andrés Tuxtla, desempeñando las funciones de fiscal el Comandante Güido.

Como por encanto y quizás por aviso dado por alguno de los mismos alvaradeños que nos acompañaban entonces, ó lo que es más probable, por los mismos tripulantes del balandro, hubo de saberse en Alvarado la prisión del marino en cuestión, y calculada la suerte que le estaba reservada si que-

daba bien comprobado su delito, cosa que ellos, más que nadie, podían apreciar; pero fuera por esta causa ó por cualquiera otra, el resultado fué que antes de veinticuatro horas, una multitud de hijos de aquella villa había invadido ya á Salta Barranca, pretendiendo valerse de sus paisanos para solicitar el perdón del culpable. Eran más de cincuenta hombres y no pocas mujeres, y no debe extrañarse esto, porque ya se sabe que entre los alvaradeños domina como en ningún otro pueblo el sentimiento del paisanazgo, y que si alguno corre peligro todos se unen para defenderlo. En este punto su lema es: "primero paisano que Dios."

El Coronel, á quien se presentó una comisión de mujeres en demanda del perdón, dispuso que se retiraran, manifestándoles por medio de su Secretario que nada podía hacer en el asunto en tanto que no estuviera perfeccionada la causa que se seguía con toda actividad, y en cuanto á los hombres, tratándolos con toda benignidad, como desertores simplemente, ordenó que fueran dados de alta en el batallón "Ortega," título con que sustituyó el de "Reemplazos," que antes tenía el pequeño cuerpo que comenzó á formar el Comandante Enríquez.

A las diez de la noche estaba terminada la causa; á las once se reunió el Consejo de guerra, y á la una de la mañana se le leyó la sentencia al reo, cuya ejecución se fijó para las cuatro de la tarde del mismo día, á fin de darle tiempo para que pudiera hacer sus disposiciones, si algunas tenía que hacer. Se le puso en capilla, improvisándose ésta en un pequeño departamento contiguo al local que servía para el despacho de la Comandancia; se dobló la guardia que custodiaba la prisión, y desde ese momento el Padre Contreras, Capellán de la Sección de operaciones, pasó á acompañar al reo, por haberlo pedido así.

Los primeros rayos de luz del nuevo día alumbraban un cuadro tierno y conmovedor. Un joven, de apellido Lara, según creo recordar, acababa de llegar procedente de Alvarado;

y apenas puso pie en tierra todas cuantas mujeres había allí le rodearon, bañado en llanto el rostro, suplicándole que se apersonase con el Coronel para obtener su perdón, cual si debiera ceder á sus ruegos. Manifestoles que con tal objeto había llegado, y pidió con insistencia y ruegos á Zamudio que le proporcionara hablar con él, agregando que *ni uno ni otro se arrepentirían de ello*. El Comandante Zamudio, triste y cabizbajo, tomando sobre sí la responsabilidad, de presentarlo, lo condujo al Cuartel general.

El Coronel lo recibió en el acto con la benignidad que siempre acostumbraba hacerlo con todo el mundo, y á solas con él, con el mismo Zamudio y con su Secretario de campaña, permanecieron encerrados más de una hora. La gente discurría silenciosa y preocupada alrededor de la casa como si quisiera penetrar en su interior para enterarse de lo que allí pasaba. Inútil recurso: aquellos débiles muros retenían el secreto de la conversación, y sólo cuando salió Lara de nuevo, pudo notarse que su semblante estaba menos taciturno, y que se retrataba en él algo así como la expresión de una esperanza. Zamudio y el Secretario parecían participar de ese cambio, y sólo Lazcano se presentó tan sereno é impenetrable como siempre.

¿Qué pasó allí? Pronto lo sabremos.

Por la orden del día se comunicó á las tropas que la ejecución del reo se transfería para el día siguiente á las cinco de la mañana: que después de tomar rancho la fuerza marcharía al lugar designado para formar el cuadro; que el reo sería conducido al lugar de la ejecución con las formalidades de costumbre en tales casos, un cuarto de hora antes de la que se había fijado, y que el bando pregonando que sufriría la misma pena que el reo todo aquel que pidiera su perdón, se leería á las cinco en punto, debiendo procederse al acto inmediatamente después, y entregando el cadáver á la persona ó personas que lo reclamaran.

A partir de este momento, tal pareció que el frío de la

muerte se había infiltrado en la población: nadie hablaba sino á media voz: aquí y allí pequeños corrillos de paisanos comentaban los menores incidentes que ocurrían; la tropa quedó acuartelada, reforzada la guardia de prevención, y hasta el mismo Lazcano hizo su despacho diario más silencioso que de ordinario lo hacía, pero entregándose algunas veces á un especie de concentración consigo mismo, que parecía fatigado, y sufriendo distracciones, lo que jamás había sucedido. Cuando levantaba la cabeza su mirada era siempre tranquila, pero parecían húmedos sus ojos.

Una sola cosa había llamado fuertemente la atención.

Lara se había regresado precipitadamente á Alvarado luego que se despidió del Coronel, y después de llevarle Zamudio seis hombres de los mismos que habían sido dados de alta en la noche anterior, más los dos hermanos Mora, diciéndole únicamente estas palabras con cierto aire de triunfo:

—¡Hasta mañana, señor Coronel!

Al obscurecer, una guardia fuerte de cincuenta hombres con sus oficiales á la cabeza, fué á apostarse bajo un gran cobertizo que se había construído á la orilla del río; y las dos piececitas de artillería, quedaron, con su dotación de sirvientes, abocadas en la puerta de la casa que servía de cuartel á los artilleros.

Nada ocurrió durante la noche, pero al toque de diana toda la población estaba ya en pie: era la hora señalada para conducir al reo al lugar del suplicio, designado en una llanura bastante extensa á un lado del camino que conduce á "Ventorrillos." Las tropas francas y la "imaginaria" de la guardia de prevención marcharon en silencio á ocupar el puesto que les correspondía, formando cuadro, en cuyo centro y con la espalda para el frente descubierto, se colocó el banquillo para el reo. Este llegó poco después con vacilante paso, sostenido por el Capellán y por un Ayudante de la Fiscalía, el Teniente Toro: el Fiscal con su Secretario, y el Doctor Scamon á retaguardia, y la fuerza que lo custodiaba y que debía ti-

rarle, marchaba á derecha é izquierda, ajustando su paso al trémulo y pausado que llevaba el reo ya vendado.

Al fin llegaron, y la multitud, silenciosa y triste, abrió amplio espacio para que el lúgubre cortejo penetrara hasta las primeras filas del cuadro, que se abrió por un momento para que entrara. El Capellán y su asistente sentaron á aquel infeliz en el banco fatal, y todos guardaron un silencio que á fuerza de ser profundo era más bien pavoroso. Los primeros rayos del sol iban á alumbrar una escena terrible, espantosa.

En estos momentos el Fiscal dispuso que se leyera en alta voz el "bando," y cuando un punto de atención dado por el corneta de órdenes reclamaba el silencio, el Capitán X..... llegaba á toda la carrera de su caballo, agitando violentamente un papel que llevaba en la mano, y gritando sin dejar de avanzar:

—¡Alto! ¡alto! ¡se concede la vida al sentenciado!

La escena cambió como por encanto.

Un sonoro ¡viva México! ¡Viva el Coronel Lazcano! fué el primer grito con que aquella multitud, antes silenciosa y sombría dió señales de haber salido de aquel sopor en que estaba sumergida, y después todo era plácemes, todo felicitaciones: todos querían acercarse, ver de cerca, palpar al reo, y todos lloraban de contento, porque siempre es triste, aun tratándose del cumplimiento de la ley, privar de la vida á un hombre.

Los comentarios comenzaron, pero no en reserva, sino en alta voz. Quiénes creían que todo aquello había sido un *susto* que se quiso dar al contrabandista; quiénes, que el Coronel se había arrepentido de tanta severidad por su parte; quiénes, en fin, que el Consejo de guerra había revocado la sentencia; y entretanto, y luego que el Capitán entregó al Comandante Villalobos, que era quien mandaba la fuerza, el pliego que llevaba en la mano, la tropa evolucionó para retirarse á sus cuarteles, y el Capellán y el mismo Fiscal levantaban del banquillo y desvendaban al reo, que había perdido el conocimien-

to al anunciársele que estaba perdonado. El Doctor declaró que era presa de una fiebre intensa, haciéndolo conducir á la casa del mismo Comandante Militar, que así lo dispuso.

* * *

Hé aquí lo que había pasado.

Lara, que era novio de una hermana del preso, al saber lo ocurrido en Montepío por un compañero de aquél, que pudo escapar á los aprensos, concibió un proyecto casi irrealizable, pero factible de llevar á cabo, contando con esa unión que hay entre los Alvaradeños, y con la audacia de los desesperados. De ahí que luego que supo la llegada de su futuro cuñado á "Salta Barranca," se pusiera en camino para este punto, donde, como queda dicho, solicitó y obtuvo una entrevista con el Jefe de la línea. Lara propuso que en cambio de la vida de su amigo y casi hermano, se comprometía á llevar, entre tres y cuatro de la mañana, todos los fusiles, fornituras y parque que habían rehusado entregar sus paisanos el día que las tropas del Gobierno abandonaron la plaza, y que aquellos no quisieron marchar á la campaña; y que además, si se le daban seis hombres que él mismo designó de los que acababan de ser filiados como soldados rasos, llevaría también dos piezas de á 12 que estaban enterradas al pie de "Casa Mata," agregando que, si le era posible, llevaría también las que quedaron enterradas en "Santa Teresa." Hizo sus explicaciones, comprometió su palabra de proceder lealmente, y además quedaba en rehenes el mismo reo y los paisanos que estaban ya bajo su mando. El Coronel consintió, y señaló para la ejecución una hora más tarde de la en que se había comprometido Lara para regresar de su peligrosa empresa.

En efecto, á los primeros albos del día el oficial de vigilancia apostado en el río, cerca del puesto de guardia, vió aparecer primero una, luego dos, tres, cuatro canoas viajeras cubiertas con palma de coyol y muy recargadas, á juzgar por